

Libros del Asteroide



Honor Jones

Dormida

Traducción de Julia Osuna



Uno

Libros del Asteroide

La tierra estaba húmeda bajo la zarza, pero a Margaret le gustaba estar allí metida; se sentía a gusto, como un conejo en su madriguera. Olía a limpio, y era curioso que algo sucio como la tierra pudiera oler tan limpio. En la oscuridad no se veían qué moras estaban ya maduras y cuáles no, y aun así picoteó una, torció el gesto, escupió. Después apoyó la mejilla en el brazo y se quedó mirando hacia el otro lado del jardín.

Un chillido y una estampida, los chicos pasando a su lado a todo correr; seguro que habían descubierto a Biddy. El haz de la linterna no paraba de moverse e iluminar una cosa y otra, mareaba seguirlo: hamaca, césped, canasta, césped. Cada vez que se posaba en algo, la linterna hacía una foto: circulitos de jardín trasero, perforados para la posteridad.

El haz de luz iluminó entonces la puerta de la caseta y por fin se detuvo, aunque tembloroso. A oscuras no se distinguía a un chico de otro, pero sí que uno sostenía la linterna y el otro se disponía a abrir la puerta. Qué organizados, pensó, impresionada. Pegaron algún grito y volcaron rastrillos y cubos, pero no encontraron a nadie dentro.

Margaret ahogó la risa contra el codo. Los chicos se detuvieron para maquinar algo y entonces alcanzó a ver que era Danny quien llevaba la linterna. Siendo como era el mejor amigo de su hermano, era casi imposible que acabaran enamorán-

dose y casándose. Ahora los dos chicos estaban trazando un plan; tenían que organizarse mejor, escuchó decir a Neal, su hermano.

Ella se puso a jugar con un palo en la tierra, inventando señales para las criaturas mágicas que saldrían más tarde, contándoles quién era: «Aquí yace Margaret, hija de los hombres». Seguro que las hadas tenían el pelo enredado, alas translúcidas del color violeta del anochecer y los pies puntiagudos de las Barbies. Aunque no creía ya en ellas, le gustaba fingir lo contrario.

Regresó de nuevo la luz, esta vez directa sobre la zarza. Por un segundo fue como estar dentro de un cuarto y que alguien le diera al interruptor. El mundo se materializó y se definió y se abalanzó sobre ella; hojas, espinas y sombras de espinas, la tierra muy pegada a la cara y, de repente, al verla con tanto detalle, sucia. Cerró los ojos con fuerza para evitar que alguien los viera brillar como los de un animal. Cuando volvió a abrirlos, los chicos estaban ya en la otra punta del jardín.

Se habían rendido con el suelo y buscaban ahora por los árboles. Seguro que Biddy se había subido a uno, les podría haber dicho ella. Y efectivamente la luz solo tardó unos minutos en encontrarla, en localizarla escondida entre las ramas. Su amiga balanceó las piernas como si le diera igual y se dejó caer hasta los victoriosos hermanos mayores.

Pero a ella no iban a encontrarla. Nada más agazaparse bajo la zarza supo que nunca la pillarían. Estaba demasiado a ras del suelo, demasiado bien escondida.

Ahora ya era de noche del todo. No veía los murciélagos recordados contra el cielo, los que vivían en el desván y que no eran tan malos porque se comían los mosquitos. Algunas veces, cuando salía al jardín después de cenar, si levantaba la vista los veía salir en tropel de la casa, con las alas tan pegadas unas a otras que parecían un único cuerpo en movimiento, y la casa, una fábrica que escupiera humo negro. Debían de estar por ahí arriba,

comiendo, aunque ahora no los viera. Intentaba hacer como si no estuvieran, pero eso nunca funcionaba: podías fingir que algunas cosas existían, pero no que dejaban de existir.

La humedad le había calado los pantalones cortos y le entró un escalofrío. Ya estaba harta de jugar a las linternas. Fue saliendo de entre las zarzas impulsándose con los codos en la tierra y gritó: «He ganado, he ganado». Acto seguido enganchó a Biddy por el brazo y las dos se fueron dando saltitos hacia la casa iluminada.

Los adultos estaban en el porche, alrededor de la mesa de cristal.

—Hay helado dentro —anunció la madre de Biddy, la señora Murphy, cuando los vio llegar.

—¿Me traes un poco para mí también? —le pidió a Margaret su padre.

Los dos padres estaban muy guapos con sus polos de tiempo libre, pero el suyo más. Y, en el umbral, su madre con un vestido sin mangas fucsia, la mismísima Elizabeth, comandando la puerta mosquitera. Conforme aparecían, iba dándoles un repaso a los niños hasta que Margaret llegó al umbral y extendió un brazo para detenerla.

—Estás hecha un asco —le dijo.

Margaret la miró a la cara para ver cómo se lo había dicho. Pero no pasaba nada, no parecía enfadada; más bien daba la impresión de estar buscando una palabra bonita, como «bichillo». La niña bajó la mirada hacia la camiseta y los vaqueros cortos. Tenía la ropa manchada de tierra y las rodillas marrones, pero de ahí a hecha un asco... Su madre siempre estaba exagerando. Además, era tierra limpia, de debajo de la zarza. Se descalzó sin usar las manos y colocó las zapatillas con cuidado al lado de la puerta, como se esperaba de ella.

—Tampoco es que esté hecha un asco —dijo.

Mal hecho. Eres tonta, Margaret.

—Estás llena de barro, no sé cómo llamas tú a eso —replicó su madre, y ella volvió a pensar «no es verdad», pero esta vez no dijo nada—. Mírate.

Elizabeth le cogió la camiseta con dos dedos, como si no le quedara más remedio que tocarla aunque no quisiera. Margaret sintió cómo se le despegaba la tela del pecho y se colaba el aire.

—Quítate aquí mismo la ropa y dámela. No quiero que me manches toda la casa de barro.

Margaret dio un repaso con la mirada: al porche, a los Murphy, a Danny, de pie al otro lado de la puerta.

—¿Aquí?

—No te pongas fina ahora.

Su madre cogió el dobladillo de la camiseta y tiró hacia arriba. Margaret levantó los brazos en el acto como una autómatas, como si todavía fuera una niña pequeña acostumbrada a que su madre la desvistiera. La tela le tapó la cara y por un momento se sintió segura, como si estuviera otra vez bajo la zarza, arropada por esa oscuridad buena, hasta que el aire la envolvió de nuevo. Su madre le había dicho que ese otoño, cuando empezara quinto, le compraría un sujetador de iniciación. No es que tuviera mucho que sujetar, pero saltaba a la vista que no tardaría en necesitarlo: ya se notaba que no era una cría ni tampoco un niño.

—¡Vaqueros fuera! —dijo Elizabeth alargando la mano hacia los pantalones.

Margaret cruzó entonces la puerta vestida solo con las braguitas blancas y subió las escaleras a paso ligero para no ver a nadie mirándola. Tras ella, convertida otra vez en su madre buena, Elizabeth hacía una bola con la ropa sucia mientras les decía a los demás niños, que todavía esperaban en la puerta:

—Que no se os olvide guardar el helado en el congelador. No quiero icor por toda la encimera.

—¿Que no quieres qué por la encimera? —le oyó preguntar a su padre.

¿Icor? Margaret repitió la palabra mientras se encaramaba en el lavabo y maniobraba con las rodillas para limpiárselas. Esa palabra era nueva. Icor, picor, icor, picor. «Significará también estar hecha un asco», aventuró para sus adentros. Su madre sabía un montón de palabras para describir eso, y además tenía razón: Margaret estaba hecha un asco. La tierra corría por el lavabo en unos largos y bonitos surcos marrones. Pero Elizabeth no se había enfadado porque estuviera hecha un asco, sino porque Margaret había dicho que no lo estaba. «Icor por toda la encimera», se dijo paladeando el retintín de las palabras.

La puerta del baño no tenía pestillo. No había un pestillo en toda la casa. Cuando eran pequeños, su madre siempre había temido que Neal y ella se quedaran encerrados, y que además ocurriera durante una emergencia, como un incendio, de modo que los pestillos quedaron prohibidos por ser un peligro. Cuando se mudaron a aquella casa grande, se dedicó a cambiar los pomos de las puertas por unas manijas antiguas, todas iguales: cada una tenía una manivela de hierro negro del tamaño del puño de un adulto y, por encima, una lengüeta que había que presionar con el pulgar. A Margaret le gustaba el ruido que hacían las manijas al encajar en su sitio, pero no entendía por qué no podían tener puertas normales que se cerrasen como las de todo el mundo.

A veces Margaret ponía la cesta de la ropa sucia delante de la puerta del baño. Se sentía más tranquila cuando no podía entrar nadie. Se encaramaba al mueble del lavabo y, muy pegada al espejo, se dedicaba a mirarse la cara por partes. O se quitaba la camiseta y se ponía de perfil, y luego del otro. Su amiga Biddy tenía los pezones rosa palo, mientras que los suyos eran mucho más oscuros, casi marrones, de un color muy feo. Por lo visto, eso significaba que, cuando por fin le salieran, ella tendría las tetas más grandes..., o eso decía Biddy. Una vez, sin embargo, oyó unas pisadas y acto seguido la manija se puso a brincar de arriba abajo: era Elizabeth, que quería entrar. Su madre había tenido que em-

pujar la puerta con el hombro para abrirla. ¿Por qué quería Margaret aislarse de toda su familia? Se había metido en un buen lío por aquello. Un auténtico peligro en caso de incendio, claro.



Hacía unas semanas habían ido todos a cenar a casa de Biddy. En verano las noches eran así: jardín, hamburguesas, helado, vuelta a empezar. Aquella noche Biddy y ella habían bajado al sótano a jugar con las Barbies —eran demasiado mayores para jugar a muñecas, así que solo lo hacían a escondidas en el sótano—, cuando su madre bajó por las escaleras como una exhalación y puso a Margaret contra la pared.

Estaba gritándole algo, pero no lo hacía con palabras, era algo más físico: las manos de su madre le sujetaban los brazos como unas esposas, y la pared, pom-pom-pom, le golpeaba el cráneo por detrás, y, flotando por todo alrededor, ese olor de la madre buena a crema solar y loción Lubriderm que siempre anunciaba la presencia de «Elizabeth».

Fue el hermano de Biddy, Danny, quien la detuvo. Desde las escaleras, dijo:

—No, espere, hemos sido nosotros. Fuimos nosotros. Hemos sido Neal y yo.

Tuvo que gritar para que se le oyera.

Elizabeth soltó a Margaret, se quedó mirando a Danny y luego dio media vuelta, subió las escaleras y pasó de largo junto al chico.

En cuanto se fue, Danny se puso en cuclillas y les contó a las chicas lo ocurrido. Neal y él habían estado gastando bromas desde el teléfono supletorio del dormitorio de sus padres y una mujer había devuelto la llamada y los había delatado. Si ya antes de esa noche Margaret estaba enamorada de Danny, a partir de ahí lo quiso el doble. Ni siquiera los padres eran capaces de plantarle cara a Elizabeth.

De arriba les llegaban las voces de los mayores riéndose, esas risas estrepitosas de los adultos.

—Se creían de verdad que se iban a librar —estaba diciendo el señor Murphy—. Estuvieron así un año, en todas las salas de juntas de Wall Street.

Se oyó un bufido desdeñoso de incredulidad femenina.

—Venga —les dijo Danny—, vamos a ver si queda postre.

Margaret se pasó el resto de la noche intentando descifrar la cara de Elizabeth para ver qué le pasaba por la cabeza. ¿Estaría también ella arrepentida? Pero no había nada que descifrar: la furia había pasado y había quedado relegada; ahora llevaba puesta su cara de adulta en plena conversación, luego se puso la de estoy lavando los platos, luego la de no quiero lloros, nos vamos ya. Si llegaron a leerles la cartilla a los chicos, desde luego Margaret y Biddy no lo vieron.

Pero ¿por qué había creído su madre que había sido ella? Los críos siempre andaban hablando de superpoderes: si tuvieras un superpoder, ¿cuál elegirías? Ella solía decir que el de leer la mente. Pero ¿y si llegaba a leer la mente de su madre y resultaba que lo único que pensaba era que su hija era mala, malísima? Mejor quedarse con volar.

Ahora se puso una toalla alrededor de la cintura y se dispuso a salir del baño. Tenía que vestirse. Tenía que bajar y comerse el helado. Biddy estaría esperándola; esa noche se quedaba a dormir. Pero se detuvo ante la puerta y retrocedió. Con mucho cuidado, mojó un poco de papel higiénico y enjuagó todo bien, todo lo que había tocado: el lavabo, el grifo del agua caliente y el de la fría, el mármol color miel donde se había sentado. La pastilla de jabón se había quedado marrón. Bajo el agua clara, limpió incluso el jabón.

Al día estaba costándole levantarse, el sol apenas asomaba por la ventana. Volvió la cabeza y vio a Biddy a su lado, con una mano bajo la mejilla y un mechón de pelo por la boca. Una de las normas de su relación como mejores amigas era que siempre se despertaban a la misma hora. Querían que todo les pasara a la vez.

Aunque sus familias se conocían de toda la vida, a Margaret y a Biddy les gustaba pensar que se habrían hecho mejores amigas incluso aunque sus padres hubiesen hablado idiomas distintos o pertenecido a tribus rivales. Los chicos se llevaban bien porque Danny congeniaba con todo el mundo, pero con Margaret y Biddy el vínculo había alcanzado la perfección. Habían dormido la siesta en cunas paralelas, intercambiado chupetes, pasado los mismos virus, se habían mordido mutuamente en momentos de enfado y habían montado lo que debían de haber sido aterradoras pataletas simultáneas de las que ahora se sentían muy orgullosas. Hubo una vez en que Biddy dijo que le dolía la barriga y había sido Margaret la que había corrido al baño a devolver. En realidad había sido todo culpa del pastel de carne, pero ellas convirtieron el incidente en parte de su mitología. Sabían dónde se guardaban las chucherías y la plata en casa de la otra, así como la dosis exacta de paciencia que podía esperarse de cada progenitor.

Aquella primavera Margaret se había ido de vacaciones y había viajado en avión por primera vez, a Inglaterra. A su padre

lo habían ascendido y su hermano y ella tenían ya edad de sobra para apreciar los viajes. Así que una vez al año, dijo Elizabeth, irían a algún sitio edificante, igual que había hecho ella con sus padres de pequeña. Pero, a la vuelta, Biddy se negó a escuchar nada del viaje. Bastaba que le mencionara el té o un castillo para que su amiga le hiciera el vacío. Era lo justo. Margaret había sentido lo mismo cuando Biddy había ido al Six Flags de Trenton con su equipo de natación. Celos, celos de la experiencia no compartida.

Cada cosa nueva que te pasaba te cambiaba, y no la podías deshacer. A veces, cuando eran más pequeñas, les pedían a sus madres que las vistieran igual, como si fueran gemelas. Ahora no se les ocurriría: eso no haría sino llamar la atención sobre lo distinta a ella que era Biddy, mucho más definida, con sus rizos y su cuerpo de niña deportista. Aun así, habían hablado hasta la extenuación de los sujetadores de iniciación, y de que se los pondrían el primer día de curso.

Se dio la vuelta en la cama, se alejó un poco, regresó a la posición inicial, tosió, cerró los ojos. Luego los abrió. Y allí estaba Biddy, despierta sobre su almohada individual, mirándola. Esperó otro segundo para poder decir, las dos a la vez: «tortitas».

Abajo, la comodidad de la cocina, utensilios e ingredientes organizados con sensatez: las especias en su cajón, los cuchillos en su bloque, los cuencos de repostería encajados uno dentro de otro en diámetro decreciente, las vinagreras y aceiteras brumosas. Se quedaron un rato mirando el preparado de harina para las tortitas, con la esperanza de que el padre de Margaret bajara a hacer la mezcla, como cuando eran más pequeñas. Pero ya casi estaban en quinto, podían preparárselas solas.

Encendieron un fuego y la mantequilla se fundió en la sartén. Fueron echando la masa con un cucharón y levantando los bordes de las tortitas con la espátula. El chisporroteo quemó lo que

quedaba de noche, la fundió del todo en el cálido y nítido fragor de la mañana.

—¡Chicas! —El padre de Margaret llegó por el pasillo, ya vestido con otro de sus polos blancos; atrajo la cabeza de su hija hacia él y le plantó un beso—. Conque cocinando... ¿Hay para mí? —Enganchó con un tenedor una tortita dorada del montón, pero esta supuró masa cruda por los dientes del cubierto—. Dejad que lo haga un profesional —dijo.

Ellas, encantadas. Consideraban las tortitas paternas como una ofrenda que estos les hacían (lo único que cocinaban, aparte de carne a la parrilla). El padre se hizo con la sartén, bajó la llama y devolvió las tortitas crudas al fuego.

—¿Habéis dormido bien esta noche? ¿Sin sobresaltos?

—¿Dónde está mamá? —preguntó Margaret.

—Tu madre no se encuentra bien.

Era uno de esos días, al parecer.

Tenía la boca llena de tortita cuando Neal entró en la cocina con la gata, Jane, en brazos. Su hermano estaba acariciando al animal, pasándole la mano por el lomo y por la cola. A Margaret el gesto le molestó, aunque no supo por qué; no tenía nada de obsceno. Y la gata ronroneaba.

—Buenos días, papá.

—Sírrete —le dijo este—. Pero ¿podrías no acariciar a la gata en la mesa?

El chico obedeció y la dejó en el suelo.

Cuando iban juntos, todo el mundo sabía que Neal y Margaret eran hermanos, y aun así, la gente siempre comentaba lo guapo que era Neal pero no decía nada de que ella fuese bonita. Quizá sus rasgos quedaran mejor en un niño, o también podía ser que, a sus trece años, a él le quedaran mejor después del estirón. Neal despertaba la admiración de casi todos los adultos. Él mismo era prácticamente como un adulto, en el sentido de que siempre sabía ser educado. Otros críos se reían de él por ello, y eso hacía que a los adultos les cayera mejor aún. Margaret era

de la opinión de que si su hermano no tenía más amigos era por su culpa, pero los mayores no parecían estar de acuerdo, como si pensarán que los críos, ignorantes, eran incapaces de apreciar alguna cualidad suya poco común. Elizabeth lo quería más por ser tan poco querible. Era típico de las madres hacer esas cosas.

Las niñas terminaron de desayunar y enjuagaron con agua caliente los platos, pegajosos por las sustancias químicas dulces de aquella imitación de sirope. El aire acondicionado se activó con un clic y un fiu, justo cuando la señora Murphy llamaba a Biddy desde la calle con la bocina.

En cuanto se fue su amiga, Margaret subió a llevarle a Elizabeth un plato de tortitas, como si fuera el Día de la Madre. Se le había ocurrido echar un poco de sirope en una huevera para que las tortitas no llegaran más empapadas de la cuenta, y estaba orgullosa de la idea, de lo cuidadosa que había sido y del pequeño cáliz de néctar ámbar que se rizaba como un mar con cada peldaño que subía.

Le encantaba el dormitorio de su madre, que fuera tan elegante y formal como el comedor de abajo, sin rastro de desorden ni cachivaches, sin ropas sobre el respaldo de las sillas, sin los chismes de los bolsillos en el tocador. Había una colcha de satén de color azul aguamarina que su madre ni siquiera utilizaba para taparse sino que dejaba plegada sin más a los pies de la cama todas las noches. En el tocador tenía tesoros: un juego de espejo y cepillo de plata; una bandejita donde repiqueteaban los gemelos; un obelisco relleno de perfume. Todo lo que fuera pequeño, delicado y valioso para su madre a Margaret le resultaba irresistible; a veces se le permitía coger esas cosas y admirarlas, y otras no. La caja de cristal del centro, por el contrario, no debía tocarla nunca. Se cerraba con una llave diminuta, parecida a las de los diarios de niñas, y guardaba un antiguo par de pistolas de duelo que sus padres se habían regalado mutuamente en un aniversa-

rio. En la placa de oro que tenía sobre la tapa se leía la siguiente leyenda, tan romántica como inquietante:

*Hugh y Elizabeth,
hasta que la muerte nos separe.*

Su madre estaba en la cama, a oscuras. Margaret dejó el plato en el tocador y se subió por el otro lado.

—¿Mamá? —Le tocó el hombro, luego apartó la mano, y otra vez tocó y apartó—. Mamá, ¿estás dormida?

—Hola, bonita.

—Te he traído el desayuno.

—¿Es tarde?

—Bastante.

Elizabeth se volvió en la cama y se medio incorporó sobre las almohadas mientras se frotaba la cara con las manos.

—Pásame la bata.

Margaret bajó de un brinco y fue a coger la prenda que colgaba de un gancho en la cara interior de la puerta del armario. Era tan fina y sedosa que tocarla era como tocar la piel de su madre.

—¿Qué tal habéis pasado la noche?

—Muy guay.

—¿Has hecho tus tareas de la casa?

—Ahora iba a hacerlas.

Margaret miró las novelas que tenía su madre apiladas en la mesita. Todas trataban sobre muchachas inglesas que trabajaban en librerías durante la guerra, o sobre muchachas inglesas que trabajaban como enfermeras durante la guerra, o sobre muchachas italianas que se enamoraban de duques. Ojalá su madre la dejara quedarse un rato más.

Hacía casi un año, Elizabeth había estado una infinidad de días sin salir de la cama. Un día, después de irse ellos al colegio, su madre se había tomado más pastillas de la cuenta; Margaret lo sabía porque la propia Elizabeth se lo había contado. Se lo

había explicado todo una mañana, las dos metidas en la cama como si fuera el cuento de antes de dormir.

—A veces una tiene que hacer cosas extremas para que la gente comprenda lo mucho que sufre —había dicho.

Con «la gente» se refería a su padre. Era por lo de La Aventura. Elizabeth hablaba de ella en mayúsculas, así que Margaret y Neal hacían lo mismo. Su padre nunca mencionaba el tema, y eso que era él quien la había vivido... o tenido... La Aventura.

Pero Margaret no había entendido del todo si lo de las pastillas había sido un accidente; si, por ejemplo, Elizabeth estaba tan disgustada que se había confundido y se había tomado un buen puñado de pastillas en vez de otra cosa, en vez de comida normal, como quien se come un puñado de palomitas. Fue Neal quien le dijo que no, que Elizabeth lo había hecho adrede porque lo que quería era morir. Su hermano había apagado la tele para contárselo. Él no había llorado, así que ella tampoco lloró.

—No se lo puedes contar a nadie —le había advertido su hermano—. Ni siquiera a Bidy.

Elizabeth contaba que su marido se había largado porque era un cobarde. Neal decía que volvería pronto. Su madre no salía del dormitorio. A Margaret guardar el secreto le resultó más fácil de lo que pensaba. La señora Murphy pasaba de vez en cuando por la casa para ver cómo estaban. Solía pasarse por las tardes, dejaba una fuente de horno con comida o una pizza en la encimera de la cocina y se perdía escaleras arriba. En tres ocasiones incluso recogió a los niños y los llevó a la piscina, donde jugaron al tiburón con Bidy y Danny.

—¿Todo bien, chicos? —les preguntaba cuando los llevaba de nuevo a casa; y antes de despedirse le decía a Neal—: Cuida bien de tu hermana.

Al final, alguien debió de llamar a la hermana de su padre, la tía Daphne, porque esta condujo desde Delaware para llevarse a los niños con ella un par de semanas. Cuando los devolvió, las

clases estaban a punto de empezar, su padre había vuelto y Elizabeth estaba en pie ordenando el armario de Margaret, sacando vestidos veraniegos sin parar.

—Esto está hecho una pocilga. Ninguno de estos vestidos te cabe ya ni con calzador —estaba diciendo, a lo que Margaret, de pura alegría, se tiró en bomba en la cama.

Por entonces era todavía una cría; aunque ya tenía edad suficiente para entender que si la señora Murphy les llevaba guisos a casa pero no traía a Biddy con ella era porque no quería que su hija presenciara aquello. No quería que supiera lo mal que estaban las cosas. Y tenía sentido, aunque aquel primer gran secreto fue una grieta en el espejo de su amistad, peor que lo de Inglaterra, peor que fingir que se habían despertado a la vez.

Margaret tenía la esperanza de que su madre, al no haberse muerto, ya no quisiera morir. Sin embargo, lo más probable era que todavía lo deseara a veces, aunque fuese solo un poquito, y seguramente le pasaba en días como aquel, cuando no quería salir del cuarto.

—No estaba en mi sano juicio —le había dicho Elizabeth la vez que le contó lo de las pastillas.

Antes de eso la niña no había pensado que el juicio pudiera enfermar. Ahora era algo que le preocupaba: había que proteger, como las pistolas en la urna de cristal, el juicio de Elizabeth.

Cuando le tendió la bata, su madre la agarró del brazo.

—¡Margaret! —exclamó, ahogando un grito—, ¡pero si tienes el brazo cubierto de picaduras!

Tenía unas ronchas muy rojas por toda la cara anterior blanca del brazo, allí donde el sol nunca alcanzaba la piel.

—No es para tanto... —contestó Margaret, que llevaba toda la mañana rascándose las sin darse cuenta.

Su madre siguió sujetándole el brazo, girándolo a un lado y a otro, a la luz del jirón de sol que se colaba entre las cortinas.

—¡Te han comido viva! ¿Qué va a pensar la madre de Biddy? Tenemos que deshacernos de esos murciélagos asquerosos. Lo menos que podían hacer es mantener a raya a los mosquitos para que no os piquen...

Tanto hablar del tema empeoró la picazón. Elizabeth le puso un dedo, con cuidado, justo encima de una picadura y el picor hizo que a Margaret le ardiera el brazo, con un calor tan fuerte que lo sintió hasta detrás de los párpados. Pero no intentó zafarse.

Que su madre la tocara, el jirón de luz, tanta atención. A Margaret le entraron ganas de llorar.

—Ve al botiquín de mi baño y ponte un poco de hidrocortisona ahora mismo —dijo su madre en tono enérgico.

Una siempre se siente más triste cuando se mira en un espejo. La razón es que a la tristeza que ya tienes porque sí se le suma la tristeza más generosa que sientes por otra persona. «Pobrecilla», pensó Margaret al ver su reflejo. La niña del espejo parecía padecer algo mucho peor de lo que fuera que estuviera afligiendo a la propia Margaret.

Qué raro, pensó entonces, que ese cúmulo de entradas y salidas, de formas y agujeros, en la parte frontal de una cabeza compusiera algo que expresara con tanto descaro pensamientos y sentimientos: la cara. A todos esos pensamientos y sentimientos se refería Elizabeth cuando le decía: «No pongas esa cara», Margaret lo sabía. No pongas esa cara, pensó ahora Margaret, mirando a la niña del espejo. Tenía los ojos demasiado pequeños y separados y algo le pasaba en la boca; estaba torcida y le temblaba. No pongas esa cara. Se echó agua fría. Se le olvidó la hidrocortisona. Cuando volvió al dormitorio, su madre ya no estaba.